

Newton El Alquimista

DANIEL A. MORALES



Sir William Fettes Douglas, El Alquimista, siglo XIX



Sir Isaac Newton (1642-1727)

No sé lo que pueda parecerle al mundo, pero para mí me parece haber sido sólo un niño jugando en la playa y divirtiéndome de tanto en tanto, tratando de encontrar la piedra más lustrosa o la más bella concha, mientras que el gran océano de la verdad yacía sin descubrir ante mí.

Sir Isaac Newton

Este pensamiento de Sir Isaac Newton, expresado al final de su larga vida, ilustra su gran interés por todos los campos del saber humano. Newton fue un buscador de la verdad, independientemente de dónde ésta proviniera. Intentó explorar la estructura total del conocimiento humano. Conocemos su impacto en la evolución y desarrollo de la ciencia contemporánea al establecer la ley de la gravitación universal, las tres leyes de la mecánica, los principios de la óptica y el desarrollo del cálculo diferencial e integral. Sin embargo, Newton también se interesó por la teología y la alquimia. Este último interés, sin embargo, permaneció oculto durante muchos años del conocimiento público por considerarse como una falla del supremo intelecto de Newton. En efecto, después de la muerte de Newton en 1727, la Royal

Society estableció que sus escritos sobre alquimia carecían de valor científico y por lo tanto no debían publicarse. Es nuestro propósito en este ensayo plantear los aspectos importantes del interés de Newton por este “arte” milenario y mostrar cómo la alquimia pudo influir en el desarrollo de su visión del universo y en sus grandes descubrimientos.

Los primeros estudios sobre Newton y la alquimia se remontan al siglo XIX. En ese entonces, D. Brewster, primer biógrafo de Newton, sorprendido por los documentos de éste sobre alquimia escribe:

No hay problema de más difícil solución que el que se relaciona con la creencia en la alquimia y con la práctica de sus artes por hombres de elevado carácter y encumbrados logros.

Más adelante escribe:

No podemos comprender cómo una mente de tanto poder como la suya pudo rebajarse a ser incluso el copista de la poesía alquímica más contemplativa y el anotador de una obra que no era más que el producto de un bribón.

Los escritos de Newton sobre alquimia fueron redescubiertos en 1936 y subastados. El ganador fue el economista John Maynard Keynes. Después de estudiar lo que había comprado, Keynes dicta una conferencia en el Club de la Royal Society en 1942, en el tricentenario del nacimiento de Newton, en la que considera a Newton no como el primero de la era de la razón, sino como el último de los magos; el último de los sumerios y babilonios que trataron de plantear una visión total, física y mística sobre el universo y sus fenómenos. Pero para tratar de entender el desconcierto y asombro de estos historiadores por el interés de Newton por la alquimia, discutamos primero qué es la alquimia y qué se propone.

La alquimia ha sido considerada en muchas obras como una antecesora de la química o como una prequímica. Sin embargo, a pesar de que muchos procedimientos y utensilios utilizados por los alquimistas han pasado a la química, hay diferencias notables entre ambas. Mientras que la química trata con los fenómenos científicamente verificables, la doctrina de la alquimia trata con una realidad oculta del mayor orden que constituye la esencia de todas las religiones. Como expuso el alquimista Arnau de Vilanova:

Existe en la naturaleza una porción de materia inimaginablemente pequeña que en el mundo orgánico da lugar a las transformaciones que vemos en el crecimiento de una planta o un animal. En una tierra muerta da lugar a un cambio químico.

Esta porción de materia que daba lugar a estos cambios es conocida por los alquimistas como *la piedra filosofal*. En esta tradición, la piedra filosofal permitía la transformación de los cuerpos imperfectos que tocara en cuerpos perfectos. Así, la piedra permitía la transformación de los metales más imperfectos, tales como plomo, cobre, estaño, hierro y mercurio, en oro y plata, los más perfectos de los metales en la tradición alquimista. La alquimia también es la búsqueda del elixir de la vida o de la inmortalidad. Sin embargo, a pesar de que esta parte material es la más conocida de la filosofía alquimista, ella contiene una parte más espiritual, que es menos conocida.

La realización del *Gran Trabajo* no es sólo la conversión de los metales en oro, sino que lleva consigo un crecimiento o una transformación de tipo espiritual. Así, paralelo a la transformación material de los metales imperfectos en los más perfectos, en el proceso alquímico el hombre se transforma de un ser imperfecto en un ser perfecto espiritualmente. Es la búsqueda del hombre por conquistar sus máximas facultades espirituales y su futuro. El proceso de transformación material y espiritual es un proceso largo, laborioso, de aprendizaje y exige sacrificios que muy pocos estarían dispuestos a afrontar.

La alquimia tiene su origen en las filosofías orientales y griega. Según la tradición, Hermes Trimegisto, el tres veces grande, la contrapartida griega del dios egipcio Tot, creador de los jeroglíficos, legó a sus seguidores la llamada *Tabla Esmeralda* que contiene muchas de los dogmas principales de la alquimia. Esta tabla presenta aforismos tales como: *“Como es Arriba es Abajo”, “El Sol es su padre y la Luna es su madre”, “Y como todas las cosas han sido y provienen del Uno por la mediación del Uno así todas las cosas han nacido de esta sola cosa por adaptación”,* entre otros. La filosofía básica expuesta en la Tabla Esmeralda es la de que el hombre es no sólo materia sino también espíritu, que la vida y la muerte no son más que diferentes manifestaciones de la misma cosa, en otras palabras, representan diferentes estados de la misma realidad fundamental.

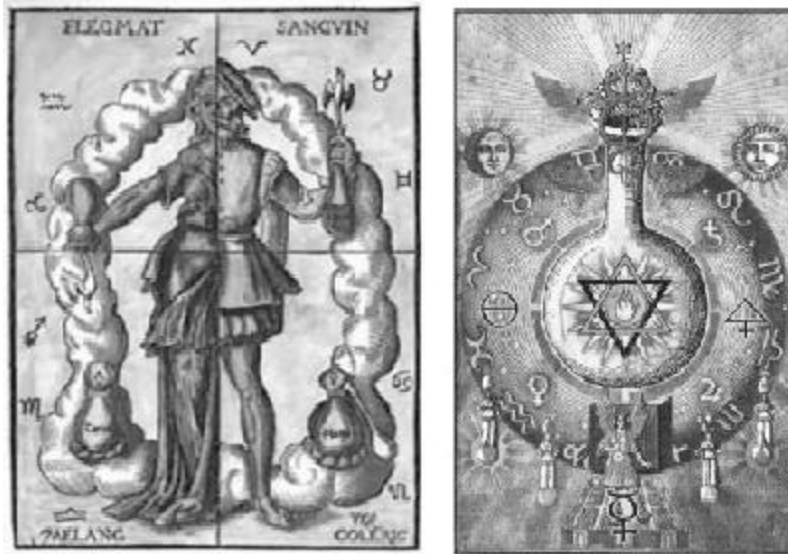
A pesar de su origen oriental, la alquimia occidental tuvo sus fundamentos en la filosofía griega y en su concepción del macrocosmos y del microcosmos. Se consideraba que todo lo existente estaba formado fundamentalmente por cuatro sustancias básicas: agua, tierra, aire y fuego, en mayor o menor proporción. Así, por ejemplo, un pedazo de madera contiene en mayor proporción el elemento tierra, que se caracteriza por su condición de pesado, pero sin embargo este pedazo de madera también contiene en menor proporción los otros tres elementos, lo que se evidencia cuando un pedazo de madera arde desprendiendo fuego, humo (“aire”) y humedad (“agua”). Estas ideas expuestas fundamentalmente por Empédocles fueron extendidas por Aristóteles y relacionadas también con los cuatro humores del cuerpo humano: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema. De acuerdo a la teoría de Hipócrates, la enfermedad surgía cuando no existía equilibrio entre los cuatro humores.

Aristóteles sostenía que los elementos podían transformarse unos en otros: el principio fundamental del arte alquímico. La idea básica era la de que una sustancia se transformaba en otra solamente variando la proporción de sus cuatro elementos básicos. En este sentido ningún elemento era inmutable, todos podían transformarse en otros, bastaba con sólo variar las proporciones de los elementos fundamentales. Así como podía realizarse la transmutación material también se podía realizar la transmutación de materia en espíritu, ya que la vida y la muerte, como también expresaba la Tabla Esmeralda, eran diferentes estados de la misma realidad.



La simbología alquímica se encuentra representada en muchas pinturas y grabados y también en prosa en leyendas de la mitología griega, especialmente en la fábula de *Jasón y los Argonautas*. El periplo de Jasón en búsqueda del vellocino de oro y la serie de peligros que tiene que salvar es alegórica del Gran Trabajo alquímico. El vellocino de oro, que representaba la piel de un carnero, es el *azogue*, el primer logro en la transmutación de los metales en oro. En su expedición, Jasón se hace acompañar de Hércules, quien ejecuta sus “grandes trabajos” (en la literatura alquímica, los procesos químicos relacionados con la transmutación, tales como calcinación, evaporación, destilación, entre otros).

La parte material de la filosofía alquimista establecía, entonces, que ya que la transmutación era posible, ésta se podía lograr “simplemente” variando las proporciones de los cuatro elementos fundamentales. Así pues, ya que el plomo y el oro poseen las mismas cuatro sustancias fundamentales: agua, tierra, fuego y aire, es entonces posible, variando las proporciones de estos cuatro elementos en el plomo, transformar a éste en oro.



Ahora, el problema fundamental es: ¿cómo lograr este proceso? Muchos libros se han escrito sobre el arte alquímico, todos escritos en un lenguaje simbólico que confunde al no iniciado. La idea es que el conocimiento del proceso para transformar los metales menos nobles en los más nobles, como el oro y la plata, tiene que ser mantenido lejos de los buscadores sólo del enriquecimiento material; sólo los que están dispuestos a pagar el precio de una vida dedicada a la búsqueda de la piedra filosofal y al crecimiento espiritual, serán los que descubran y conozcan, por sí mismos, el *Gran Secreto*.

A pesar de que no encontraremos ningún libro sobre alquimia que señale la materia prima necesaria para comenzar la construcción de la piedra filosofal y lograr la transmutación, es posible encontrar en estos libros guías básicas sobre cómo proceder. Para comenzar el trabajo es necesario primero obtener la materia prima. Los libros sobre alquimia sólo señalan que estas sustancias primogénitas son tres. ¿Cuáles son ellas? Le corresponde al iniciado con paciencia y tesón encontrarlas. En la consecución del trabajo es importante fijarse en los colores por los que pasan las sustancias una vez mezcladas. Así, en el camino se debe comenzar con una sustancia negra, que representa la podredumbre, el caos (véase la relación de este proceso con la creación del universo en muchas religiones). A partir de este caos se genera una sustancia blanca, el *azogue*. El proceso de preparación de la materia prima hasta llegar a esta última sustancia se conoce como *los trabajos de Hércules*. A partir del *azogue*, se pasa a una sustancia iridiscente, seguido por una sustancia amarilla, seguidamente púrpura y finalmente a una sustancia roja, el color de la sangre, de la vida y el color de la piedra filosofal.

El agente más importante para lograr el trabajo alquímico es el fuego. El iniciado debía lograr, mediante ensayo y error, la temperatura apropiada. Demasiado o poco calor podría destruir el trabajo de muchos meses. Los procesos necesarios en el arte eran muchos: calcinación, purificación, destilación, digestión,

sublimación, separación, fermentación (los llamados trabajos de Hércules). Para ello era necesario también desarrollar los utensilios básicos para realizar estos procesos. Así, muchos de estos utensilios desarrollados por los alquimistas pasaron después a la ciencia química que empezaba a desarrollarse por hombres como Robert Boyle, Joseph Priesley, Henry Cavendish y, principalmente, por Antoine Lavoisier.

La época del año también debía ser considerada cuando se realizaba el trabajo alquímico. Existía la creencia de que los metales estaban relacionados con los planetas, así el oro y la plata correspondían al Sol y la Luna, mientras que el hierro, el mercurio, cobre, estaño y plomo eran asociados con Marte, Mercurio, Venus, Júpiter y Saturno, respectivamente. De esta relación se desprende que el alquimista debía poseer conocimientos profundos de astrología antes de comenzar el *Trabajo*.



El otro aspecto importante era cuánto tiempo tomaba el trabajo. Aquí no hay nada escrito, la búsqueda de la piedra filosofal y la transformación de los metales menos nobles en los más nobles representa sufrimiento, dedicación, desvelo y la supresión de muchos placeres terrenales. A cambio de ellos, el alquimista crecerá espiritualmente y alcanzará su unión con Dios.

En la alquimia es común referirse a los cuatro elementos y a su transmutación, así como también a los tres principios de Paracelso, Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493-1541).



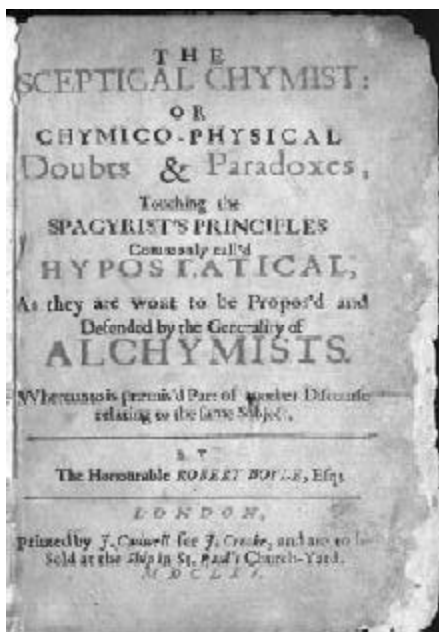
Paracelso, padre de la química medicinal.

Paracelso es uno de los alquimistas más reputados, conocido como el padre de la iatroquímica o química medicinal. A dos de los principios de los antiguos: el Sulfuro de los Filósofos (sulfuro sófico), que en la alquimia representa lo masculino, y el Mercurio

de los Filósofos (mercurio sófico), que representa lo femenino, Paracelso añade la Sal como tercer principio. En su libro *Liber Paramirum, 1562*, aboga por el uso de la alquimia para curar todo tipo de enfermedades, valiéndose de la lógica y no por la fantasía. En este sentido, Paracelso siempre se opuso a la teoría hipocrática de la enfermedad, que era la teoría aceptada en su época, y propuso que el origen de las enfermedades se encuentra en el exterior y no en el interior del cuerpo humano. De acuerdo a esto, las causas de las enfermedades son principalmente los minerales y los venenos que entran a la atmósfera desde las estrellas. Para curar las enfermedades, Paracelso insistía, se debían usar no sólo hierbas sino todo lo que dios nos ha dado, y esto incluía tanto las sustancias vegetales y animales como las minerales. A propósito de esto, Paracelso asignó a los alquimistas una nueva tarea: transformar los minerales y metales en medicinas.

El interés de Newton por la alquimia comenzó alrededor de mediados de los años de 1660 y duró aproximadamente 30 años. Durante este tiempo Newton compró y leyó los tratados fundamentales del arte alquímico y practicó muchas de sus enseñanzas. Newton hizo muchas anotaciones sobre lo que leía y al mismo tiempo sacaba sus propias conclusiones. Durante este tiempo llevó un cuaderno de anotaciones en las cuales anotaba los procesos más importantes del arte alquímico, su *Index Chemicus*. Se piensa que el volumen total de las notas y apuntes alquímicos de Newton se elevan a un millón de palabras (400 palabras por página o cerca de 2.500 páginas).

Uno de los químicos cuyo trabajo tuvo influencia en Newton fue Robert Boyle (1627-1691), de cuyo libro *El origen de las formas y cualidades* Newton hizo copiosas notas en sus cuadernos. Robert Boyle es para algunos el verdadero padre de la química. Su libro más famoso *The Sceptical Chymist* (El químico escéptico), puso fin a la idea aristotélica de los cuatro elementos y a los tres principios de Paracelso.



Portada del libro El Químico Escéptico de Robert Boyle.

Además, popularizó la idea de que la materia estaba compuesta de átomos y de que el resultado de cualquier fenómeno era consecuencia de las colisiones de estos átomos entre sí. De esta manera, Boyle defiende la teoría corpuscular que luego sería extendida por Newton. A pesar de que para nuestros estándares Boyle era un verdadero químico, él creía en la transmutación de los elementos. Es por ello que Newton le escribe previniéndole de que el conocimiento de la transmutación no debía caer en manos de personas sin las cualidades necesarias para recibir este extraordinario conocimiento. En uno de sus trabajos más extraños, Boyle narra una serie de experimentos que había visto y en los cuales el oro era transformado por medio de una pequeña cantidad de agente transmutador sólido en un metal menos noble, en lo que podríamos considerar como un experimento de transmutación

inversa. En la actualidad a Boyle lo reconocemos más por sus estudios de las propiedades de los gases y por la ley que lleva su nombre, que expresa la relación inversa entre la presión y el volumen de un gas.

En alquimia los libros de George Starkey (1628-1665), quien escribía bajo el seudónimo de Eirenaeus Philalethes (*Un Pacífico Amante de la Verdad*), ejercieron gran influencia en Newton. Éste último solía copiar extensamente del libro de Philalethes conocido como *Secrets Revealed* (Los secretos revelados).

Para entender el interés de Newton por la alquimia y el porqué se involucró en un arte que para muchos representa una pérdida de tiempo, debemos situar a Newton en su propio contexto histórico. La alquimia era universalmente aceptada en el siglo XVII y muchos grandes hombres acometieron su estudio, entre ellos Isaac Barrow, el primer profesor con la posición académica conocida como *cátedra lucasiana*, posición ésta que luego fue ocupada por Newton y que en nuestros días fue ocupada por Paul Dirac y actualmente por Stephen Hawking. Barrow y otros conocidos académicos del Trinity College en Cambridge, entusiasmaron a Newton a continuar sus estudios alquímicos. Al retiro de estos profesores, Newton heredó algunos de los utensilios que estos utilizaban en sus experimentos lo que le ayudó a realizar sus propias prácticas. Newton realizaba sus experimentos en un pequeño cuarto en donde también tenía instalados algunos hornos que, de acuerdo a su ayudante Humphrey Newton, podían estar ardiendo durante días y noches.

El gran interés de Newton era mostrar la grandeza de Dios a través de sus logros. Newton creía en la universalidad del pensamiento, de manera que no es de extrañar que se dedicara a las áreas más importantes del pensamiento de su tiempo. La teología y la alquimia eran dos de estas áreas. Newton pensaba que los grandes hombres de la historia nos habían transmitido un

secreto a través de los libros sagrados y que era necesidad de los hombres inteligentes descubrir este secreto, que para mantenerlo alejado de los hombres incultos e ignorantes los grandes habían transmitido en un lenguaje simbólico. Nada en el mundo es estable, todo se transforma, había dicho Heráclito. Buscando una explicación a estos cambios de la naturaleza Newton se adentró en la alquimia.

Los alquimistas postulan que las sustancias químicas en su estado natural poseen un “espíritu” que el científico destruye cuando separa estas sustancias en sus constituyentes fundamentales (el proceso de análisis). A este espíritu Newton lo describía como una porción de materia inimaginablemente pequeña que en el mundo orgánico daba lugar a las transformaciones que normalmente asociamos con un ser viviente. En una materia muerta este espíritu contenía en potencia la posibilidad de un cambio químico (la transmutación de los metales). Si este espíritu era entendido y controlado daba un poder extraordinario que debía ser mantenido fuera del alcance de los seres ignorantes y buscadores de riquezas.

En su experimentación con la alquimia, Newton llevó estándares de rigor científico a sus experimentos; el sentido filosófico de que la naturaleza es cuantitativa es el mismo principio que regía su trabajo en física matemática. La mayoría de sus experimentos alquímicos apenas utilizaban unos pocos gramos de sustancia. Realizaba tan minuciosamente sus pesadas que a veces mezclaba los ingredientes sobre un espejo para que ninguna cantidad pudiera perderse y contaba no sólo los granos individuales sino también las fracciones de granos con la punta de un cuchillo. Newton se concentró en sus experimentos alquímicos con la misma intensidad y vehemencia con que se dedicó a sus otros intereses en los campos de la física y la matemática. En este sentido, Newton se impuso una disciplina y un régimen de vida que han sido comparados a los de un monje medieval. De sus días acompañando a su patrón en sus experimentos, Humphrey Newton ha escrito:

Tan intensos, tan serios eran sus estudios que comía muy parcamente, y a veces olvidaba comer por completo... Muy raramente iba a la cama antes de las 2 ó 3 de la madrugada, a veces no hasta las 5 ó las 6, durmiendo 4 ó 5 horas, especialmente en primavera y otoño, durante la caída de las hojas, épocas durante las cuales acostumbraba pasar hasta 6 semanas seguidas en su laboratorio, sin apagar el fuego ni de día ni de noche, él velando una noche y yo la siguiente, hasta terminar sus experimentos químicos, en cuya realización era de lo más preciso, estricto, exacto. Cuál era su finalidad es algo que nunca fui capaz de penetrar, pero sus penalidades, su diligencia durante todos aquellos tiempos, me hacían pensar que era algo más allá del alcance del arte y la industria humanos. Nunca le vi beber, ni siquiera vino o cerveza, excepto en las comidas, y entonces incluso muy frugalmente.

Sobre la alquimia Newton escribió lo siguiente al manuscrito del Maná en 1675:

Porque la alquimia no trata con los metales como piensan los vulgares ignorantes, cuyo error les ha hecho despreciar esta noble ciencia; sino también con las venas materiales de cuya naturaleza Dios creó a sus servidores para que concibieran y procrearan a sus criaturas... Esta filosofía no es de la clase que tiende a la vanidad y al engaño, sino más bien al provecho y a la edificación, induciendo primero el conocimiento de Dios y segundo el camino para hallar auténticas medicinas para sus criaturas... su finalidad es glorificar a Dios en sus maravillosas obras, enseñar al hombre a vivir bien ... Esta filosofía a la vez especulativa y activa no sólo puede hallarse en el volumen de la naturaleza sino también en las Sagradas Escrituras, como en el Génesis, Job, Salinas, Isaías y otros. En el conocimiento de esta filosofía hizo Dios a Salomón el más grande filósofo del mundo.



Muchos se preguntan si los estudios alquímicos de Newton no habrán servido de inspiración para muchos de sus logros en otros campos del saber. Uno de los esfuerzos centrales de Newton fue la extracción del mercurio de los metales (no el mercurio común, sino el *mercurio filosofal*, la materia prima de la cual están formadas todas las sustancias, el átomo de Demócrito). Para 1670 su atención se había centrado en el régulo de antimonio. La palabra *régulo* proviene del latín *regulus*, que significa *reyzuelo*, nombre éste que se daba al antimonio, debido a su importancia en el

proceso de refinación del oro (el rey de los metales). Después de su lectura y estudio del libro de Philaethes, Newton emprende la preparación de la estrella del régulo de antimonio. Este nombre proviene de que cuando el antimonio ha sido bien purificado forma cristales largos y esbeltos y que, durante el enfriamiento, se disponen formando ramas triangulares alrededor de un punto central, adoptando el aspecto de una estrella de plata. Se ha comentado que las líneas de los cristales que parecen irradiar del centro de la estrella régulo de antimonio pueden también ser considerados como irradiando hacia el centro, lo que les da un carácter de atracción antes que de emisión. Newton pudo muy bien utilizar esta analogía para desarrollar el concepto de gravitación, donde las líneas de fuerza se dirigen y convergen en un punto central.

Presente entonces en el mundo microscópico se halla la esencia del concepto fundamental que mantiene unidos a todos los grandes cuerpos del universo (*Como es arriba es abajo*, de acuerdo a la Tabla Esmeralda).

A través de sus escritos, Newton abogó por una constitución atómica de la materia en oposición a la idea aristotélica del continuo. Los átomos eran para él, la semilla inmutable de la que brotan casi todos los fenómenos naturales. Y, en particular, el fenómeno químico de la transmutación también podía explicarse en términos atómicos. En un ensayo de lo que pudiéramos considerar como las bases microscópicas de la química moderna, Newton escribe:

¿Acaso no poseen las pequeñas partículas de los cuerpos ciertos poderes, virtudes o fuerzas con los cuales ellas actúan a distancia, no sólo sobre los rayos de luz al reflejarlos, refractarlos y afectándolos, sino también unas sobre otras para producir una gran parte de los fenómenos de la naturaleza? Porque es bien conocido que los Cuerpos actúan unos sobre otros por las Atracciones de la Gravedad, el Magnetismo y la

Electricidad; y estas instancias muestran el tenor y curso de la Naturaleza y no es improbable que existan otras fuerzas atractivas diferentes a éstas. Porque la naturaleza es muy constante y está de acuerdo a Ella Misma. Cómo se puede producir estas atracciones yo no lo considero aquí. Lo que yo llamo atracción puede ser producido por impulso o por algún otro medio desconocido para mí.

Newton también señala que estas fuerzas decaen más rápidamente que la fuerza de gravitación. Algunos autores han visto en estas ideas de Newton el concepto de afinidad química que surgió mucho tiempo después y los más arriesgados han tratado de ver las primeras especulaciones sobre el origen del enlace químico, las fuerzas que mantienen unidos a los átomos en las moléculas de cualquier sustancia química y cuya explicación no se dio sino en la primera mitad del siglo XX cuando surgió la mecánica cuántica.



En un artículo llamado *La Vegetación de los Metales*, Newton expone directamente la relación de la alquimia con la filosofía mecánica:

la ciencia mecánica tenía que ser complementada con una filosofía natural más profunda que probara los principios activos detrás del movimiento de las partículas.

En su artículo sobre *La Hipótesis de la Luz*, Newton expone lo que ha sido considerado como una cosmología alquímica:

Quizás la totalidad de la Naturaleza puede no ser más que las diferentes contexturas de ciertos espíritus etéreos o condensaciones de vapores por precipitación... y después de la condensación transformadas en varias formas, primero por la mano inmediata del Creador y desde entonces por el poder de la naturaleza, que por virtud del mandato Increméntense y multiplíquense, llegó a ser un imitador completo de las copias establecidas por el protoplasto.

Otro aspecto importante del Newton místico es su interés en las antiguas escrituras. Newton aprendió hebreo para leer la Biblia a partir de las fuentes originales. Asimismo, leyó y se familiarizó con los escritos de los padres de la iglesia, especialmente los que habían formulado la doctrina de la Trinidad –Atanasio, Gregorio Nazianzen, Jeremías, Agustín y otros- queriendo establecer un vínculo entre lo nuevo y lo original en la doctrina cristiana. Era propio de su temperamento no aceptar como verdadero nada que no pudiera verificar por sí mismo. Como resultado de estos estudios Newton comenzó a dudar de la divinidad de Cristo y la doctrina de la Trinidad. Newton comenzó a pensar que un gran engaño había pervertido a la antigua iglesia al modificar las Sagradas Escrituras con el objeto de apoyar el trinitarismo.

Con el triunfo de Atanasio sobre Arrio en el siglo IV, que impuso la doctrina de la Trinidad en el cristianismo, el arrianismo pasó a ser una de las herejías cristianas. Posición ésta que fue apoyada por el Concilio de Nicea en 325. Newton rechazó la ortodoxia cristiana a favor del arrianismo. De acuerdo a Arrio, Dios es infinito e ilimitado y existe más allá del espacio y el tiempo. Pero Cristo, siendo hombre, es finito y limitado. Por lo tanto, Cristo no puede poseer la misma divinidad de Dios. El punto de Newton era que se cometía un pecado capital al idolatrar a Cristo como a un dios. Newton apoyó al arrianismo por su firme creencia de que Dios está por encima de todo y de que su misión en la tierra era honrar y demostrar la grandeza de Dios.

Para concluir, Newton fue un hombre que vio en la grandiosidad del Universo y en su funcionamiento, la mano de un espíritu superior, y cuya dimensionalidad era tal que fue un universalista, aquel que se interesó en todas las áreas del conocimiento importantes en su tiempo e hizo grandes contribuciones en cada una de ellas.

